SUCINTA CRÓNICA DE LOS BELENES O PESEBRES MURCIANOS Y SU SENTIDO FOLKLÓRICO

«Por aquel Niño precioso que en el portal derribado. Entre la escarcha nació, dando ejemplo a los hermanos...»

(Auroros de Alcantarilla)

HAY un tiempo de calendario que nos permite rememorar. Es la cadencia de una liturgia nueva, distinta, siempre viva, que vale también para el dato de la participación popular, algo que se inserta en cada etapa del ciclo temporal, desde enero a diciembre, donde la prosapia gregoriana suscita la dimensión de un instante de gozo, porque junto al disanto, se nos ofrecen épocas o espacios rituales de gran hondura, pero esto sucede en todo tipo de calendarios y de expresiones religiosas, desde las meramente contemplativas o budistas a las más solidarias con el común y que utilizan el esquema de la «salvación» desde la presencia de lo divino humanizado, como es el caso de la religión cristiana. Naturalmente, cuando hablamos lo hacemos desde esta dimensión de ética judeo cristiana de occidente, lo que es lógico, utilizando las calendas nuestras, marginamos los calendarios hebreos y mahometanos, que ocupan momentos diversos, como diversa es la expresión de cada liturgia que se respeta en todos sus sentidos. Es cierto que en estos momentos se vive entre los judíos, nuestros mayores, el tiempo de la Januká con todo su solemne boato, con las luces y velas de sus candelabros tan evocadores y que asumen su pasado. Bajo otro punto de vista, la luz de las velas de la menorah, en sus ocho días consecutivos, también representa la luz que el cristiano recibe, la nueva luz del Niño que nace humildemente en un pesebre. Son episodios distintos, pero que tienen un hilo en común, porque pertenece a la misma raza, sólo que en éste, la luz de Belén, la estrella que se posa en este diminuto escenario de Israel, viene a constituir su esencia, su creencia en el auténtico Salvador. Son ritmos diversos, pero sustantivados en el viejo y nuevo Testamento. Pienso que la luz de Belén expone su gestualidad del «hombre nuevo», con vestiduras nuevas según Pablo y tal es la garra de la celebración de la Natividad, como hecho patente de la creencia con su enfoque en la literatura y la música, con la versión popular y pictórica de la grandeza de lo humilde, que va a poner en orden el desorden, a equilibrar los corazones y a estimular la dádiva. Desde el Nacimiento del Niño Dios, concebido, sin mancha por la Virgen María, en ese tríptico del nacido, Enmanuel, la Virgen y San José. Desde este escenario primero y fundamental cabe todo el concepto teológico y de creencia folklórica, sin más, porque ello mismo es la imagen viva del Amor, con mayúsculas, entendible por cualquiera. Desde este momento, entre comillas, se da constancia de la solidaridad y de la tolerancia, del acercamiento y de la aproximación de ideas y creencias. Dios naciendo en la pobreza total nos deja apabullados, porque nos hace ver que el mundo en que vivimos, este muestrario de vidas sesgadas por el trance de la necesidad y del dolor, sirve para algo. Es el primer argumento de un fragmento de ese gran cuadro de la Redención que, finalmente nos asombra y anonada a los hombres de «buena voluntad». Pero ese momento de posada y pesebre, de miradas en goces retenidos, de medias luces, de claroscuros a lo Rembrandt, donde se presiente la llega de

alguien como el pastor, de la vecina del lugar, de los tres Magos orientales que desean saciar su hambre de verdad y le entregan sus dádivas; todo esto es la pieza de toque para el corazón humano, para el recogimiento y la esperanza, para el consuelo del existir, como algo henchido de misterio y de sencillez que es propio del humano que desde la lealtad y la razón natural, le alienta. Me imagino que a Francisco de Asís le tentó con suficiencia, esta «hora», para su experiencia de pergeñar el primer Belén con figuras humanas en los albores del Renacimiento y que después siguen las Clarisas de dicha Orden, conjuntando ternura y fidelidad al Auto Navideño, que con Gil Vicente adquiere presencia fundamental en nuestra dramaturgia española.

Se recomienza la casta profundidad del fervor a Cristo nacido en Belén desde su misteriosa humildad, con toda la dioramática que va a irse construyendo en torno al Nacimiento y después otros episodios como La Visita de los Reyes o la Huida a Egipto, aspectos que la evolución de estos «pesebres» va reconsiderando y utilizando en las expresiones festivas en torno al 24 de diciembre, donde la Humanidad cristiana se reúne en paz y busca la identificación del sentido religioso. Sobre esta expresión y versión de los belenes en un sentido plástico, y ciñéndonos a nuestra región, es interesante la obra de María José Díaz y José María Gómez «El arte belenístico en la región de Murcia» (1981), que junto al sucinto y amplio ensayo de nuestro compañero y amigo Andrés Ruiz Navarro, sobre la «Forma de hacer un belén», nos ilustran en torno al desenvolvimiento de esta faceta estética en nuestros artesanos que desde Salzillo, maestro indiscutible, van aportando nuevos sentidos

y creando aquel ambiente evangélico auténtico, que sirven para cada fecha que la liturgia cristiana recupera con la fidelidad de algo preciso y fundamental.

Fruto de esto es la intensificación de los belenes en nuestra región, muy a pesar de que en otros lugares esta costumbre se ha ido perdiendo, pero en Murcia capital y en sus pedanías y pueblos se aspira en estas fechas, algo que nos lleva a la luz de la fe católica, a los paisajes en torno a Belén, a los personajes que forman parte del entorno evangélico, a la Navidad de la huerta que es como un sonido, un entrañable regusto por lo sencillo y familiar. Y en este momento no puedo por menos que evocar aquellas calendas navideñas de hace treinta y cuarenta años, cuando de críos buscábamos un «rincón» en nuestras casas para poner el belén que recomponíamos con la serie de figuritas compradas previamente en los clásicos «puestos», en torno a la plaza de San Bartolomé, o de la calle de Acisclo Díaz, que hoy han pasado a la antesala del recuerdo. Aquellas figuritas pequeñajas y con una gracia enorme, adquiridas por unos reales y que colocábamos en un soporte elegido. Nos ayudaban nuestros hermanos y cada figurita tomaba

vida en el lugar sobre un diorama de estrellas, en que no faltaba la estrella de cola a la que seguían los Reyes Magos, los que más tarde nos ponían los regalos donde habíamos puesto los zapatos, en los quicios de las ventanas y balcones... ¡Qué maravilla!

Ahora por obra y gracia de los artesanos y de las familias de nuestra huerta y pedanías, los belenes van tomando nueva configuración aunque guardando la tradición, sesgando de cuajo los árboles navideños y otras facturas de una plástica diferente que, sin embargo, embadurna la raíz de lo «nuestro» y que venimos defendiendo ya que a nosotros nos interesan los clásicos y graves belenes, nunca el árbol navideño, ni la tradición de Santa Claus, o San Nicolás, que nos funden en otras dimensiones, con factores crematísticos, fruto de una civilización deshumanizada. Lo que nos importa es el «Pesebre» huertano que vemos en pedanías, en zonas huertanas con sabor a mazapán, a matanza de cerdo y a acequia, cual el clásico belén que se funde con la misma huerta, en la pedanía de Casillas y que la familia Palazón Ruiz Pérez, año tras año va componiendo con esa ternura y buen saber hacer, que nos emociona. Cada año se va incrementando la presencia del «Pesebre» de Casillas, acicalándose sus figuras y exposición de nuevas casas en su espacio, incrementado, este año en unos 190 metros cuadrados, cuya dirección se ha debido a Luis Palazón, veterano en esta materia, que ha vivido desde su infancia, seguido por la excelente enseñanza de su tía monja. La visita al belén de Casillas es una gozada, porque se respira huerta y cánticos en estas mañanas cargadas de intimidad, donde el huertano te da y entrega su corazón, con el mejor christmas navideño. En esta ocasión, Ángel Gálvez, alcalde de esta pedanía, tan querida por nosotros, se puede apuntar un tanto más, porque este belén y el Móvil, cercano a la casa de los Palazón, son muestra de una maestría indiscutible, y de que la vena de nuestros artesanos queda patente, tanto en las figuras de los maestros Griñán o Nicolás Almansa, como en la colocación de sus rincones, sugerentes y pícaras figurillas, escenas de palacios y riachuelos con la misma agua que corre y se puede beber, procedente de un motor próximo, con la utilización de efectos plásticos como el espejo que aumenta el misterio de la perspectiva, etc.

Estos belenes son auténtica joya que nos muestran la pericia de los viejos y nuevos artesanos, escrutadores de esta rama netamente murciana, que nosotros, desde estas páginas alabamos.

Pero hay otras muestras belenísticas desde el amplio de la plaza de las Cadenas, hasta el que las peñas han dispuesto en sus espacios solemnes, como el de San Juan de Dios, excelente y entrañable, o el de JESÚS Abandonado, dispuesto a través de la Asociación Murciana de Belenes, pergeñado bajo la dirección de Andrés Ruiz Navarro, maestro indiscutible en esta manera familiar y elegante de construir un belén. Otros belenes, como el de Fortuna, junto a un viejo solar cerca de la Casa Consistorial, nos agradan, junto con el de la Garapacha, en el interior de su iglesia y el de la Fuente Blanca, en una escuela, con la estrella de cola que demanda la presencia de los Reyes Magos, aunque ya el propio pueblo es un diorama navideño con los pastores y los hornos de pan cocer, auténticos que conservan su gracia y aún dan buenas «toñas», mazapán y el buen pan que las viejas del lugar saben «Amañar» tan bien.

Lo que sucede es que otras tradiciones se van perdiendo por desgracia, como la de los aguinalderos en estas aldeas fortuneras que no ha muchos años, seguía la costumbre de ir pidiendo casa por casa y que después servía, lo que recogían para dedicarlo a una comida general, etc, o los célebres bailes de Inocentes con sus pujas consabidas, en la fecha del 28 decembrino, aspecto éste que también realizaban otros lugares como en La Ñora, desaparecido ya o en la ermita de Burgos, que de nuevo se ha implantado. En sitios como Villanueva de Segura había Inocentes (desaparecido hoy), y en Calasparra siguen con el célebre Juan Pelotero, que salía vestido a modo de botarga, corriendo con una «pelota de trapo», que daba a los transeúntes que no querían dar una dádiva. Sin embargo se han perdido algunas otras tradiciones como la de las «Iluminarias» en Nochebuena, en Calasparra, émulas de las «hogueras del Castillo» de Moratalla, éstas en las vísperas de la Purísima. Pero siguen gracias a Dios costumbres navideñas, como las de La Ñora, de llevar a la Virgen del Paso, de casa en casa, aunque no persiste el célebre «Sermón de Inocentes»; que era una pantomima de discurso desde el balcón consistorial, parodiando datos y fechas a lo largo del año, lo que habría de recuperar, como tantas costumbres al filo del año Viejo, cual la de «ECHAR LOS AÑOS», que se venía haciendo en Alcantarilla, según he podido averiguar, y también en Puente Tocinos como nos señala su cronista Traves Montoya (El Repuntín), y otras efemérides que son víctimas de los nuevos tiempos que corren y van segando las viejas, pero humanas costumbres de nuestros abuelos. Pero persisten los viejos y nuevos Autos

de Reyes Magos, soberbia tradición teatralizada en lugares como Aledo y Churra, peculiarmente, recogido su trasunto literario por Eusebio Aranda y que nos emocionan al verlos en su misma salsa popular, con el gracejo y la sintonía de una tonalidad viva, como la que nos envuelve el Misterio de Elche, en su más casta versión del pueblo. Gestualidad que sirve de ejemplo en el reflejo de una religiosidad caliente y viva, humilde y auténtica. Como lo son estas expresiones de llevar el Niño a que lo besen, en Abarán, o a la Virgen en La Ñora, y lo eran aquellas tradiciones abaraneras del pavo y de los regalos de la «anguila», y aquellos decires del aguinaldo que evocan los mayores:

«El aguinaldo pedimos
aunque sea una cebolla...»

Plauto
Cronista de lo viejo y de lo nuevo